

El primer disparo de la Revolución Mexicana

Isidro Fabela fue un gran mexicano, un constructor, un distinguido jurista que puso las bases de la gran política exterior mexicana, hoy en total decadencia. Estuvo cerca de grandes personajes de la Revolución Mexicana y puede decirse que él mismo fue uno de ellos. Junto a Venustiano Carranza trabajó en el orden legal que México requería. Fue, por añadidura un gran escritor, un historiador y un literato. Su legado es inmenso.

Don Isidro Fabela en 1958 reunió una serie de figuras memorables de la política latinoamericana en un libro: *Paladines de la libertad*. Fue publicado por la editorial Populibros *La Prensa*, empresa del diario del mismo nombre cuyo éxito era notable. El tiraje era insólito para aquella época y sin duda para la nuestra: 20 mil ejemplares en formato de bolsillo. Allí están figuras de la talla de Bolívar, Hidalgo, Sandino, Morelos, Madero, Carranza... Todos ellos decididos amantes de la libertad y la democracia. De entre todas las figuras, hay una que pareciera modesta junto a los titanes que seleccionó don Isidro: Aquiles Serdán. Un poblano singular que fue el primero en disparar contra la dictadura de Díaz, fue quien dio el primer combate, junto con su valerosa y decidida familia en pleno centro de Puebla. La de Fabela es una viñeta conmovedora, personal, casi íntima.

Nuestra revista la ha seleccionado en estos días del Centenario de la Revolución porque Aquiles Serdán merece un lugar especial y destacado entre los héroes revolucionarios. Su apariencia era la de un intelectual, un académico, pero su corazón era el de un decidido hombre de acción que decidió tomar las armas primero que nadie para acudir al llamado de Francisco I. Madero. Asesinado brutalmente junto con su hermano, hoy merece un lugar de honor junto a los grandes mártires de la patria.

El Búho

Aquiles Serdán

*"Todo lo tuvieron los atenienses
bajo Pisistrato: paz, prosperidad,
mejoras materiales; todo, menos lo que
da a todo eso un precio para el alma:
la libertad."
JUSTO SIERRA.*

Todo lo tuvimos los mexicanos bajo Porfirio Díaz: paz, prosperidad, mejoras materiales; todo, menos lo que da a todo eso un precio para el alma: la libertad.

Para la memoria histórica

(Archivo coleccionable)

ISIDRO FABELA

Todos lo sabíamos, todos lo sentíamos y todos toleramos la tiranía, de grado o por fuerza, porque la conciencia popular estaba aletargada en una vieja pesadilla de ilegalidad. Unos, recibiendo los beneficios de la alianza del poder político con el monopolio económico, alianza engendradora de tiranías; otros, soportando medrosamente la voluntad del César por



Aquiles Serdán

espíritu de conservación; y los más, viviendo en la inconsciencia política por la inercia de la costumbre.

Para el resurgimiento de nuestra patria a la verdadera vida de los pueblos libres, era necesaria una causa determinante que, sacudiendo al pueblo, le hiciera respirar con fuerza y abrir ampliamente los ojos para mirar su oprobio y aquilatar su poder; y un redentor, valiente, un héroe que supiera ver la razón de su disgusto, alentarle para la reconquista de sus derechos y conducirlo al triunfo con el sangriento pero legítimo derecho de las revoluciones.

La causa determinante fue el estupendo fraude electoral de 1910, y el hombre, don Francisco I. Madero.

Y comenzó la gloriosa tragedia.

El grito redentor al viento, hizo brotar del pueblo los paladines entusiastas, caballeros andantes del patriotismo que se lanzaron al palenque de los ideales políticos con la buena fe de los honrados, la sinceridad de los buenos y el arrojo de los bravos.

Aquiles Serdán fue de los primeros.

Era como todos fuimos: ciudadanos sin ciudadanía; pero llevando en su espíritu, adelantado a la política de su tiempo, una fe de apóstol y una videncia de profeta, vidente fe que él puso al servicio de la república con el fin de reconquistar los derechos que soñaron darnos los constituyentes de 1857.

Cuando el iniciador Madero fundó en México el Centro Antirreeleccionista, Serdán, en Puebla, inició sus trabajos políticos con los mismos principios que el centro anhelaba: libertad y democracia. Su labor fue activa y fructífera: logró el establecimiento de clubes de obreros en Puebla y Tlaxcala, que tuvieron como fin trabajar por la efectividad del sufragio en elecciones de 1910. Su ilusión estaba impregnada de un amor a la patria purísimo, que demostró posteriormente con su abnegación en el sacrificio y su per-

severancia siempre viva. La médula de su voluntad fue el altruismo; que un buen patriota ni siquiera piensa en las ventajas inmediatas ni lejanas; y menos él, que jugaba la vida en la contienda, minuto a minuto.

Fue un intransigente en sus ideales políticos. No alcanzaba a comprender cómo se pensó en tolerar la presidencia de Díaz, para luchar solamente por la libre elección del vicepresidente de la república, cuando el causante de nuestra atonía política era el propio don Porfirio.

Aquiles Serdán tenía gestos de noble heroísmo, como este: El 15 de septiembre de 1909 encabezaba una manifestación popular de antirreeleccionistas, cuando tres esbirros le intimaron rendición por el delito de conducir a sus correligionarios a expresar con actos, sus ideas. Aquiles Serdán, en vez de someterse, se arrojó sobre los sicarios con tal bizarría, que desarmó a los tres; y cuando éstos, sorprendidos y atemorizados temían por sus vidas, Aquiles levantó erguido su voz de misericordia y hombría, diciéndoles:

“No los mato porque no soy cobarde como ustedes. Les basta con su vergüenza.”

Pero al fin lo encarcelaron porque era imposible que la dictadura perdonara a aquel osado el afán de ser libre.

Las persecuciones y la prisión templaron su voluntad y acrecentaron su fe. No desmayó nunca ni con las penurias de su hogar ni con el dolor y las vigilias de su santa madre, y de su admirable esposa. Preocupábanle, sobre todo, los pesares de la patria.

Los ayunos y el escarnio lo agigantaron. Cuando el calabozo le enfermaba el cuerpo, le arrebatava el sol, la luz y le mermaba el aire, sus labios sonreían a la esposa mártir.

¿Sufría Aquiles Serdán con las vejaciones y el encierro injustos?

Tal vez, por los suyos; pero no por él, porque era fuerte como hombre y como apóstol; y, además, él no sentía los infortunios, porque la inmensa felicidad de cumplir con sus deberes cívicos y con él mismo, le compensaban con largueza todas sus penalidades.

Y aquí está la prueba: Cuando al fin cumplió la odiosa condena y salió libre, creyeron muchos que Aquiles, doblando la cerviz, acataría la voluntad del dictador, poniendo su albedrío a los pies de los tiranos.

Pero no fue así, Serdán perseveró en sus empeños de emancipación. No temía ni a la torcida ley de los de arriba, ni a la violencia de los de abajo, ni a la muerte; y además creía en sí mismo y en el triunfo de sus ideas, que eran las del pueblo.

Cuando Barra, el tamborcillo francés del ejército republicano de Francia, al dar de beber a sus caballos

fue sorprendido por un pelotón de realistas, que rodeándolo le intimaron: “¡Grita viva el rey, o eres muerto!”, el tamborcillo contestó: “¡Viva la república!”, y fue acribillado por las balas de los enemigos de la democracia.

Así Aquiles, amenazado con la pérdida de la libertad y de la vida, cuando la potencia gubernamental le recordó los tormentos del presidio y la perspectiva de la muerte, dijo estas palabras que repetirán sus hijos con orgullo: “Ahora, como nunca, trabajaré por la libertad”:

Entonces el pueblo, con asombro, admiración y respeto, pudo contemplar al indomable Aquiles al frente de una manifestación contra el gobierno dictatorial, dando así ejemplo de “la primera de las elocuencias”, que es el valor. Fue la última protesta pacífica acordada con el candidato a la presidencia, señor



Aquiles Serdán y Francisco I. Madero

Madero, para demostrar a la nación, de modo solemne y público, la necesidad del movimiento revolucionario y su justificación ante el mundo.

La epopeya

El episodio admirable de la Calle de Santa Clara, en el que Aquiles Serdán fue sacrificado, pasando a historia como mártir de la Revolución, es bien conocido aunque poco recordado. Y por eso, en homenaje no sólo a la memoria de Aquiles, sino de sus hermanos Carmen y Máximo, de su señora madre y de su esposa, todos protagonistas de la epopeya, recordemos cómo fue la primera tragedia épica de la revolución maderista.

Cuando regresó Serdán de San Antonio, Texas, después de haber conferenciado con el apóstol Madero, éste le dio órdenes para que, de acuerdo con el Plan de San Luis, el movimiento de la revolución principiara el 20 de noviembre de aquel año de 1910.

Aquiles preparó su movimiento allegándose nutrido número de partidarios, principalmente entre los obreros, a quienes repartió armas y parque almacenado en su casa; pero habiendo sido descubierto el complot, Aquiles se vio precisado a adelantar su levantamiento dos días.

Al sospechar las autoridades poblanas que Aquiles había regresado de los Estados Unidos y que el domicilio de la familia Serdán se había transformado en un arsenal peligroso, ordenaron el registro de su casa, siendo el coronel Miguel Cabrera, jefe de la Policía (linchador de Arnulfo Arroyo), el encargado de ejecutar aquella diligencia.

El mayor Fregoso, que acompañó a Cabrera a la mansión histórica, relató los hechos, textualmente, en estos términos:

“Muy de mañana me presenté al coronel, quien tenía ya listos al empleado Vicente Medina, que murió

a su lado, otros dos policías de la reservada, que lograron escapar y fueron los mismos que avisaron al señor gobernador general Mucio Martínez, lo que ocurría; un oficial y cuatro gendarmes.

“Todos emprendimos la marcha a pie, llegando a la puerta de la casa de Serdán, en la calle de Santa Clara, muy poco concurrida a la sazón. El coronel dispuso que los gendarmes, así como el oficial, permanecieran en la puerta vigilando cualquier movimiento, y que los restantes penetraran, pero no inmediatamente, sino momentos después de hacerlo nosotros, seguramente para no alarmar a los habitantes de la casa. (En la que vivían, además de los Serdán, un español, Pérez, con su familia).

“Él, yo y el comisionado Murrieta entramos súltamente, deteniéndonos en el cubo del zaguán para recibir las últimas instrucciones. El coronel se adelantó y antes de dar vuelta a la izquierda, donde estaban las habitaciones de Serdán, se volvió a mí para decirme:

–¿cuál es la pieza de entrada?

“Yo me había apartado, quedando un poco atrás, observando que todas las piezas estaban cuidadosamente cerradas aunque no las maderas, y me disponía a contestar la pregunta del coronel, cuando sonó una descarga, y el jefe, extendiendo los brazos, cayó cuan largo era para no levantarse más.

“Sorprendido, aterrado, eché a correr para el interior de la casa en vez de buscar la salida, pero apenas había avanzado unos diez pasos sentí un terrible golpe en la cabeza y otros y otros muchos, y perdí el conocimiento, no sin escuchar, como entre sueños, esta frase de Aquiles Serdán:

–A ése no lo maten, que es amigo.”¹

Así comenzó la lucha. Los acompañantes del difunto Cabrera huyeron despavoridos mientras la gente de Serdán, arrojando a la calle los cadáveres de

las primeras víctimas, en vez de aprovechar las circunstancias propicias para abandonar su reducto y salvarse, cerraron el zaguán, haciéndose fuertes en la casa histórica.

Su resolución fue del todo consciente y basada en su optimismo exagerado. Aquiles confiaba, o mejor dicho, estaba seguro, según me lo afirmó su hermana Carmen muy poco después de los acontecimientos, de que la gran muchedumbre de revolucionarios comprometidos con él, apenas escuchara el comienzo de la refriega, se lanzaría sobre los cuarteles y edificios públicos; según habían convenido, para apoderarse del gobierno y empezar la lucha armada que se extendería por toda la república.

Por eso se encerró, en vez de escapar como pudo perfectamente haberlo hecho; y por eso también aquellos temerarios adalides arrojaron a la calle bombas de mano fabricadas por ellos, para que su estallido fuese el aviso, de que comenzara el fuego por todas partes; y por eso Carmen Serdán, en el paroxismo de la desesperación, al cerciorarse de que los complotados no respondían a la señal convenida, salió “al balcón principal de la casa y dirigiéndose a los curiosos que estaban cerca de Santa Teresa, los arengó, agitando en la diestra un rifle.

“Confieso –dice el periodista Ignacio Herreras Sr., testigo ocular de aquella escena–, que tal acto de arrojo de parte de una mujer, que más tarde supe era Carmen Serdán, me llenó de entusiasmo, de admiración y de tristeza, pensando cuán ímproba le resultaría su heroicidad.

“El pueblo permaneció mudo, quieto, impasible. No hubo un sólo impulso para correr en auxilio de aquella mujer que ofrecía armas y parque y pedía socorro...

“¿Fue por falta de simpatía hacia la causa maderista? ¿Fue por cobardía? ¡Quién puede saberlo! Yo

sólo sé que la multitud quedó inmovible. ¡Carmen Serdán debe haberse avergonzado de pedir auxilio a quienes no podían o no querían prestárselo!

“Estaba aún en el balcón, destacándose con figura magnífica; el pelo en desorden, pálida la tez, los ojos hundidos, el ademán nervioso, cuando sonaron varios tiros disparados por los gendarmes... Ella no quiso escuchar las detonaciones ni le importaba la vida en esos momentos. Seguía gritando, gesticulando, hasta que una mano seguida de un brazo robusto la sujetó por la ropa y la hizo penetrar a las habitaciones, cerrándose nuevamente el balcón. ¡Qué pequeño me sentí en esos momentos y cómo deben haberse sentido muchos de los policías que contemplaron aquella temeridad de parte de una mujer!”²

La muerte del heroe

Media hora después de la muerte de Miguel Cabrera, se presentaron ante la casa de la Calle de Santa Clara, los primeros atacantes: un destacamento de rurales que llegó a paso veloz al frente de su comandante, el coronel Mauro Huerta, que penetró con su gente al Templo de San Cristóbal, para subir a la torre, guiado por un sacerdote.

Otro grupo de rurales se apostó en la azotea de la casa del jefe político don Joaquín Pita.

“Al otro extremo de la calle –dice el testigo Herreras– vi avanzar hasta la casa dos secciones del Batallón Zaragoza, una en cada acera y en el centro...

“Casi al mismo tiempo, observé –sigue diciendo el mismo relator– que la altura del Templo de Santa Clara era ocupada por soldados del Primer Regimiento de Caballería.

“Al presentarse los coroneles Gaudencio de la Llave y Huerta, que llegaron detrás del Batallón Zaragoza, después de breve conciliábulo, ordenaron se abriera el fuego contra los sitiados, el cual se genera-

lizó, intensificándose más y más a medida que los temerarios defensores disparaban incansablemente, con certera puntería, haciendo bajas sensibles a sus enemigos.”

Al llegar más y más tropas federales, aproximadamente en número de mil, fueron ocupando “las torres de las iglesias de Santo Domingo, Santa Clara, San Cristóbal y Santa Teresa”.

Con ardor sobrehumano, Serdán y los suyos peleaban resueltos a dar la vida por el triunfo de su causa. Pero ese triunfo era imposible, porque los correligionarios del héroe lo dejaron sólo con sus diecisiete adalides, que fueron cayendo uno a uno.

Serdán no se daba tregua, ni su señora, ni Carmen; él y su hermana haciendo fuego, y su valiente esposa cargando los fusiles constantemente.

Cuando Aquiles recibió aviso de que a sus compañeros se les estaba agotando el parque, mandó a su hermana que los aprovisionara de municiones, haciendo con este motivo varios viajes a la azotea. En una de estas subidas y bajadas fue herida en la espalda por una bala de máuser. Fuertemente vendada pudo hacer un último viaje a las alturas de la casa, regresando con la trágica noticia:

“Ya acabó todo; mataron a Máximo y a los demás defensores; dentro de un momento tendremos aquí a los federales.”

En el interior de la casa sólo quedaban vivos Aquiles, su esposa, su señora madre y Carmen, que estaba herida. Los demás habían sucumbido.

Aquiles, sin embargo, siguió disparando con la esperanza de que los revolucionarios adictos a la causa cumplieran el plan convenido. Ese plan era el siguiente:

“Serdán con un grupo haría frente en su casa para llamar la atención de las tropas; mientras tanto diversos grupos, con jefes ya señalados de antemano, atacarían los cuarteles por sorpresa; otros tomarían las

torres de las iglesias; y, finalmente, habría grupos designados para aprehender al gobernador Mucio Martínez y al jefe de las armas, general Luis G. Valle. A la vez, legiones de campesinos, al mando de Rafael Rojas, que más tarde fue jefe revolucionario, avanzarían de Atlixco a Cholula sobre Puebla; los hermanos Pinto, de Huejotzingo; el indio Juan Cuamatzi, con su gente, vendrían de Tlaxcala y de todos los pueblos cercanos.”

“Si se hubiese llevado a la práctica el plan de Serdán –dijo el general Valle a raíz de los sucesos–, en unas cuantas horas nos toman Puebla”.³

Cinco horas duró el combate, “de las siete de la mañana a la una de la tarde, muriendo en la refriega ciento sesenta y nueve soldados federales y resultando gravemente herido el coronel Gaudencio de la Llave”.

Entonces, cuando el héroe estaba exhausto de tanto disparar, y al enterarse de las tristes noticias que le diera Carmen, se recargó en el piano, diciendo: “Este rifle ya no sirve”, y como la esposa, reaccionando, le entregó otro para que siguiera la lucha, Aquiles, con la más profunda de las amarguras, replicó a su señora; “No es eso; es que con este pueblo cobarde no se puede; todo está perdido. Ya no quiero matar más inocentes. Ellos no tienen la culpa”.

Lo anterior me lo expresó personalmente, Carmen Serdán.

No supo Aquiles que su sangre fue el mejor fertilizante de la libertad que él soñó para su patria.

Tomada por Serdán la resolución de dar fin a la lucha ya inútil, y con el más profundo de los desalientos, al cerciorarse de que su plan revolucionario había fracasado rotundamente, pensó todavía en salvarse escondiéndose en lugar que creía seguro, mientras los federales ocuparan la casa. Después continuaría en la brega.

Levantó las duelas del piso: “una especie de fosa de un metro y medio de largo por sesenta centímetros de profundidad que estaba en la habitación contigua al comedor, bastante bien disimulada” y allí se escondió, no sin antes decirle a Carmen que dijera a los grupos de sus amigos revolucionarios, que había cumplido su palabra de sostenerse dos horas haciendo fuego, y que cuando en la madrugada saliera de su escondite, se pondría al frente de ellos.

Esto no fue posible, porque estaba la casa perfectamente vigilada.

Un cuerpo de rurales quedó en la azotea de la casa extendiendo su vigilancia hasta tres o cuatro fincas cercanas. Un piquete del Batallón Zaragoza se instaló en el patio de la casa, mientras en las habitaciones se distribuían soldados, policías y oficiales, quienes tenían órdenes de permanecer alertas.

Como Aquiles sudaba copiosamente al esconderse en un agujero frío y húmedo, durante muchas horas, sobrevino pulmonía y con ella el ansia intolerable de respirar aire puro, salió a la libertad, pero esa libertad fue su muerte.

El oficial de gendarmes, Porfirio Pérez, cuenta cómo lo mató:

“Verá usted –le dijo a Herrerías–, ya estábamos dormitando a eso de las dos de la madrugada, cuando oí ruido en la pieza de al lado y me puse en guardia.

“Mis compañeros quedaron *silencios* y yo me levaté en el momento en que se oían claramente sus pasos. De pronto apareció Serdán llevando en la mano una pistola. Iba como tomado, porque se *ladiaba* mucho pero al verme, ya en el quicio de la puerta, se detuvo...

“En cuanto lo vi le apunté con la carabina. Entonces él, con voz muy triste me dijo avanzando:

“–No me tiren, que soy Aquiles Serdán.

“–Pues a usted lo buscamos –y diciendo y hacien-

do disparé sobre él, viendo cómo caía sobre una silla, resbalando después sobre el piso. La bala le entró por un ojo y le traspasó la cabeza.

“Ya sobre tirado, llegó el oficial Bado, del Zaragoza, y le apuntó al pescuezo, dándole un tiro más.”⁴

De esta manera vil fue asesinado el precursor de la Revolución Mexicana, Aquiles Serdán.

Otros precursores hubo, mártires también de la misma causa, pero que no lograron encender, como Serdán la llama revolucionaria, que se extendió con éxito por todos los ámbitos del país. Ellos fueron: Juan Cuamatzi que se levantó en armas en Tlaxcala, la noche del 26 de mayo de 1910; Miguel Ruz Ponce, en Yucatán, el 4 de junio de 1910; Gabriel Leyva, en Sinaloa, el 13 de junio de 1910, y Félix Xilotl, en Zacatelco, Tlax., el 16 de septiembre de 1910.

Las honorables damas doña Carmen Alatraste viuda de Serdán, madre del mártir; doña Filomena del Valle de Serdán, mujer de Aquiles, y la valiente Carmen, fueron aprehendidas y trasladadas a la cárcel de La Merced, quedando rigurosamente incomunicadas. Después las pasaron a la Cárcel de Mujeres, y por último al Hospital de San Pedro, donde nació la hija póstuma del patricio.

Al triunfo de la revolución maderista, la familia Serdán fue puesta en libertad. Se le entregó la casa que había sido intervenida y se le hicieron grandes y merecidos honores.

“Por esa época histórica, frente a la esposa viuda que sabe ser fuerte porque lleva incrustada en el pecho, con la mano prepotente de la historia, la gloria de su Aquiles; contemplando con unción venerativa los tristes ojos de la viejecita, madre de héroes, que parecen ver entre los cristales de su llanto la soberbia actitud de sus hijos mártires, muriendo jóvenes por defender la libertad, y así fraternizar con los dioses; y mirando jugar a los hijos de Aquiles, que no saben

todavía que llevan en su frente un nombre inmortal, yo pienso con gravedad en cuánto debe la patria a los mártires de la Calle de Santa Clara, que después de pelear con bríos dignos de la noble causa que defendían, murieron con el más horrendo de los desencantos; el de creer inútil la ofrenda de sus vidas en la contienda libertadora.”⁵

Esos mártires cuyos nombres no debe olvidar el pueblo mexicano, fueron los siguientes, que figuran en una placa titulada: “Héroes de la Revolución”, erigida en el Estado de Puebla:

Carmen Alatraste viuda de Serdán, Filomena del Valle de Serdán, Carmen Serdán, Aquiles Serdán, Máximo Serdán, Rosendo Contreras, Manuel Paz y Puente, Francisco Sánchez, J. Clotilde Torres, Epigmenio Martínez, Manuel Velázquez, Miguel Sánchez,



Aquiles Serdán

Andrés Cruz, Vicente Reyes, Miguel Patiño, Luis Teyssier, Martín Pérez, Fausto Nieto, Carlos Corona, Juan Baño, Andrés Robles, Manuel Méndez y Francisco López.

Frente al sepulcro de Aquiles Serdán, cubierto siempre de flores que le lleva el pueblo que le quiere tanto, pensé en un pequeño monumento de piedras hacinadas sin armonía, olvidado allá, en el fondo del Cementerio de Montparnasse, en París, y que tiene esta sencilla inscripción; “Aquí reposan Tollerón, Carboneau y Pleguier, muertos por la libertad el 27 de julio de 1816”.

Unos con el rifle aún humeante, otros en la guillotina, murieron aquellos famosos “sargentos de la Rochela”, que dieron su sangre por derrocar la tiranía de Luis XVIII.

Bories, el último en subir al cadalso, con inspiración de profeta lanzó estas frases a la multitud expectante que le veía en la sublimidad del sacrificio:

“No olvidéis que es nuestra sangre, la sangre del pueblo, la que hoy se hace correr. ¡Recordad que es vuestra la venganza, y que la causa por la cual perecemos debe triunfar!”

Y así como la sangre de los “sargentos de la Rochela” fue vengada al derrumbarse la tiranía que combatieron, así la sangre de Aquiles Serdán, de Máximo, de Carmen, la espartana gloriosa, y de sus compañeros libertarios no se vertió inútilmente por el bien de la patria; que cuando una causa es justa, como afirma Julio Simón, tarde o temprano triunfa, como triunfó al fin la gloriosa Revolución Mexicana.

¹ Los Sangrientos Sucesos de Puebla, por Ignacio Herrerías, dedicado a su padre y hermanos, con prólogo del periodista Medardo Fernández, e ilustraciones de Ernesto García Cabral. México, febrero de 1911. Págs. 39 y 40.

² Ignacio Herrerías, op. cit., Págs. 46 y 47.

³ Los Crímenes del Huertismo por José T. Meléndez Talleres Gráficos de la Nación. Tolsá y Enrico Martínez México, D. F., 1936. Pág. 106.

⁴ Ignacio Herrerías, op. cit., Pág. 85.

⁵ Arengas Revolucionarias, por Isidro Fabela. Madrid. Pág. 45. 🐱